

# Psique: Bullying: ¿violencia primaria o secundaria?

Bullying: Primary or Secondary violence?

Pablo-Andrés Ferrer-González (1986, chileno, Universidad Nacional Andrés Bello, Chile)

pablo.andres.ferrer@gmail.com

## Resumen

El bullying es un fenómeno escolar complejo, que involucra aspectos sociales irrenunciables en su explicación y en las estrategias de afrontamiento hacia el mismo. Ocurre como efecto de otros mecanismos violentos que abarcan todo ámbito social y, por lo mismo, requiere de una intervención focalizada, en lo particular de cada caso, en que se considere la subjetividad como medio de explicación y terapéutica. En lo que concierne al presente texto, se enfatizarán y desarrollarán aquellos ámbitos de los influjos sociales y culturales, que colaboran en configurar el cuadro de violencia que sirve de antesala a la mencionada manifestación.

**Palabras clave:** bullying, identidad, sistema social, violencia

**Recibido:** 16-05-2012 → **Aceptado** 25-06-2012

**Cítese así:** Ferrer-González, P-A. (2012). Bullying: ¿violencia primaria o secundaria? *Boletín Científico Sapiens Research*, 2(2), 18-23.

## Abstract

Bullying is a complex school phenomenon that involves inalienable social aspects in its explanation and its strategies of dealing with it. It occurs as an effect of other violent mechanisms that cover every social fields and for that reason it needs a focused intervention, regarding the peculiarity of every case, where the consideration of subjectivity should be used as a way of explanation and therapeutics. Accordingly in this text, be emphasized and develop those areas of social and cultural influences, collaborating in setting of violence that serves a prelude to the above expression<sup>1</sup>.

**Key words:** bullying, identity, social systems, violence

## Introducción

Usualmente, y de manera efectiva en estos últimos años, la distinción tajante entre lo particular y lo general ha probado ser infructífera cuando se trata de dar cuenta de una concepción de mundo. Verbigracia, en el trabajo clínico individual, se pesquisa la influencia del ambiente y el diagrama familiar. Lo mismo ocurre en las intervenciones de familia, cuando se toma en cuenta la posición de cada participante en dicho sistema para definir el curso de acción; es decir, existe una tendencia en psicología y en otras ciencias a considerar que el énfasis colocado en un área no implica desconocer sus conexiones con otros planos de problematización posible. Son cada vez más los abordajes dialécticos y menos los dicotómicos. Este mismo razonamiento puede aplicarse cuando se habla de violencia escolar o bullying. Al atomizar el fenómeno y circunscribirlo solamente a las inmediaciones de lo familiar y lo educativo, deja de conside-

<sup>1</sup> Agradezco a Sebastián Araya Lagunas por su colaboración en la traducción de este abstract y otros términos y conceptos.

rarse las implicaciones sociales comprendidas en dicho fenómeno. Separar la vida singular del niño o adolescente que participa de dichos procesos violentos —en la posición que sea— de la trama social que sustenta aquellos intercambios conlleva a ofrecer elucidaciones parciales sobre sus causas, que se muestran poco efectivas en la práctica. Lo mismo ocurre si se desconoce la relación del ser humano con la agresividad: tupirla con bellas razones y metáforas no implica eliminar el nexo entre el origen de lo social —humano— y lo agresivo. Existe una cuota de agresividad necesaria y movilizadora en todo proceso de intercambio entre los sujetos. Signar lo agresivo como algo violento o “malo” de por sí es desconocer los millones de años de estrategias de modulación afectiva que se han cimentado en la cultura y han sido descritos por diversas escuelas de pensamiento. No puede taponarse dicha relación con ideales insostenibles —“limpios” de toda correspondencia con la agresión— si se espera lograr algo de provecho a partir de la misma; la agresividad está presente hasta el día de hoy y no se irá mientras exista lo humano.

De acuerdo con todo lo anterior, el presente trabajo propone relevar como ejes principales lo cultural, lo social, la agresión y la violencia, para constituir una hipótesis explicativa concerniente al fenómeno del bullying, que da cuenta sobre las implicaciones sociales y culturales del fenómeno. En esta oportunidad no serán discutidas las diversas condiciones y predisposiciones individuales que existen en dicha manifestación y que se encuentran ampliamente explicitadas en las más diversas literaturas. No desconoce su influjo, sino que se trabaja sobre la base de que existen, pero que no conforman el único punto de anclaje y explicación de la violencia escolar. Para finalizar, se invita al lector a ser parte de este proceso de relectura y demarcación social-cultural del fenómeno del bullying sobre la base de las nociones que el psicoanálisis propone y puntualiza al respecto.

## Cultura, sociedad y sujeto

Según las propias consideraciones de este trabajo, se hace relevante configurar un marco de referencia para aludir a los temas relacionados con el bullying. Por lo mismo, en el presente apartado, se definirá lo que en esta ocasión se entiende por sujeto, cultura y sociedad. Lo anterior es hecho al tomar como base las concepciones freudianas originales y a otros aportes relacionados con el campo del psicoanálisis y el individualismo: “*Por sujeto entenderemos al sujeto empírico de la palabra (...) tal y como el observador lo encuentra en todas las sociedades*”<sup>2</sup>(1987:75). O sea, que se utilizará este concepto para referirse a la noción de una existencia humana particular, que se encuentra embebida íntimamente en las redes de lo social y cuya concepción y significado aparece en tanto que la sociedad exista. Una de las condiciones del anterior anudamiento es que haya cultura a la cual la sociedad pueda hacer referencia; la sociedad es un logro cultural casi indivisible de su cultura originaria. Por lo tanto, se concibe al

<sup>2</sup> Subrayado de Alfredo Eidelsztein

sujeto como una individualidad que requiere, por condición de subsistencia, pertenecer a una trama social-cultural que lo posibilite en alguna medida. Esta intensa y cercana conexión entre aquellos tres términos genera que cualquier cambio o alteración en alguno de los eslabones provoque disonancias, ruido, movimiento y crisis en la ecuación como tal. No obstante, aquello es un irreductible de la maniobra que reúne a los tres fenómenos antes correlacionados: siempre hay una(s) fractura(s) que genera(n) movilidad y cambio al interior de la misma.

Por otra parte se entiende por cultura a *“toda la suma de operaciones y normas que distancian nuestra vida de la de nuestros antepasados animales, y que sirven a dos fines: la protección del ser humano frente a la naturaleza y la regulación del vínculo recíproco entre los hombres”* (Freud, 1930:88). Lo que significa que todo lo que concebimos como “humano” sería una precipitación de lo cultural: toda acción, todo manejo, todo valor sería fragmento de esa cultura. Para clarificar un poco más este punto se revisará lo que Freud considera como partes integrales de la cultura. Por cultural entiende *“todas las actividades y valores que son útiles para el ser humano en tanto ponen la tierra a su servicio, lo protegen contra la violencia de las fuerzas naturales, etc.”* (Freud, 1930:89). Esta definición se hace absolutamente aplicable al presente, al pasado y a culturas y generaciones venideras. Además, porta —de forma subrepticia— una de las ideas centrales que respaldan las aserciones del presente trabajo. En tanto Freud define lo cultural como algo que protege al hombre de la violencia, inmediatamente es posible inferir al menos dos nociones al respecto:

1. Parte de dichas fuerzas naturales sobre las cuales la cultura busca generar protección pueden ser las propias apetencias del humano hacia sí mismo y sus semejantes (que serían naturales a la existencia de la especie).
2. Dichos apetitos pueden ser violentos y, por ende, ser altamente sancionados por lo cultural.

Por consiguiente, es posible plantear que la violencia ha sido esbozada como problema desde el momento en que existe la cultura. Esto brinda un acercamiento al problema del bullying, pero no es el único. La agresión es el motor de toda regulación cultural y, a la vez, su gran traba. Se volverá sobre este punto.

#### **Sobre los orígenes de la insatisfacción humana en la cultura**

*“Nunca dominaremos completamente la naturaleza; nuestro organismo, él mismo parte de ella, será siempre una forma perecedera, limitada en su adaptación y operación. Pero este conocimiento no tiene un efecto paralizante; al contrario, indica el camino a nuestra actividad”* (Freud, 1930:85).

Es común en algunas concepciones sobre el origen de la humanidad pensar al hombre primitivo como fruto de un bondadoso encuentro entre lo más noble de la animalidad y la inocencia del niño que poco sabe de la desconfianza y el daño. Por ejemplo, en el prólogo un libro de Riane Eisler, Maturana describe a la primera edad humana como una era de amor y colaboración sin fronteras: *“El emocionar básico espontáneo en esta edad es el amor, y de allí lo es también la honestidad como componente emocional propio de cuando se vive implícitamente confiando en la coherencia natural de la biosfera y el cosmos”* (Maturana en Eisler, 1996:18). O sea, para Maturana, nosotros naceríamos inmersos en una matriz de emociones amorosas que nos harían confiar los unos en otros y entender

el espacio que corresponde a cada quien en esa entidad indisoluble que seríamos con el cosmos. El planteamiento no deja de ser interesante, pero se invita a contrastar esa opción sobre el principio del mundo humano, con alguna trivialidad que sirva para plantear algunas contingencias no discurridas en esta teoría. Para ello, se utilizará, a modo de alegoría —no de generalización— el siguiente ejemplo<sup>3</sup>:

Cuando un(a) hijo(a) cumple la mayoría de edad, tiene como primer pensamiento poder pasar por encima de lo que la frase cliché resume como *“mientras vivas en mi casa acatarás mis reglas”*. El nuevo estatuto de “adulto” le brinda a ese sujeto la posibilidad de no considerar más aquel mandato y adherirse a una legalidad mayor, societal, que lo faculta, por ejemplo, a beber, fumar y mantener intercambios sexuales que —aunque en su hogar puedan estar prohibidos— son autorizados desde ahora por una legitimidad mayor. Tal es el influjo de dicha operación legal, que la frase enunciada mil y un veces por sus padres pierde el poder de ineludible y le moviliza a buscar su propia forma de existir, fuera del hogar.

Este hecho antes mencionado habla de un logro cultural enorme que, en épocas anteriores, era incluso más explícitamente celebrado —vía ritual de paso— y nos muestra una asombrosa verdad: en un fenómeno tan complejo y —absolutamente dependiente de la(s) subjetividad(es) que los sustentan— como lo es la mayoría de edad, se ejerce una violencia importante en el curso del quiebre de la relación del hijo con sus padres; el hijo violenta la condición impuesta desde afuera por sus progenitores, sobre cómo considerar lo moral, para buscar una forma de aproximarse a ese precepto desde su propio punto de vista.

¿Si aquello ocurre unos cuantos millones de años después que inició el proceso de represión de las tendencias más animalizadas del ser humano, no sería más bien posible creer que —a diferencia de lo que plantea Maturana— los primeros intercambios entre individuos eran mucho más violentos antes que hoy? Freud nos dice al respecto:

*“El ser humano no es un ser manso, amable, a lo sumo capaz de defenderse si lo atacan, sino que es lícito atribuir a su dotación pulsional, una buena cuota de agresividad. En consecuencia, el prójimo no es solamente un posible auxiliar y objeto sexual, sino una tentación para satisfacer en él la agresión”* (1930:108).

Es muy difícil pensar al humano como una sumisa criatura a merced de las vicisitudes de la naturaleza, más aún cuando la historia del mismo nos habla de hitos que, en general, son conquistas sobre el designio natural: el humano se impone a la naturaleza, la domina y subyuga a partir del movimiento cultural que lo mantiene unido como especie frente a las clemencias de la selección natural. Desde que la cultura nace, ya no es el influjo natural el único que comanda las condiciones de vida en la especie; poco a poco se le va haciendo posible encargarse de la dirección de su destino, vía sobreponer sus necesidades sobre las de otras especies, es decir, violentamente. Sin la agresividad inicial, no habría sido posible fun-

<sup>3</sup> Téngase en cuenta que en ningún caso se darán siempre las cosas como suceden en esta pequeña ejemplificación. Hay muchos factores que pueden influir y dar por resultado un cambio a este panorama, pero esta situación ficticia es lo suficientemente clara como para probar el punto de que la violencia. En la sociedad actual es mucho más que una anomalía erradicada; es parte de los hechos sociales, tanto hoy como ayer, pero se encuentra supeditada a mecanismos de modulación provenientes del sujeto y de la misma sociedad.

dar nada, crear nada, pues ya el hecho de procurarse el alimento le significa al hombre o la mujer violentar la vida de otro ser (planta u animal) que sacrifique su existencia en pos de la conservación de su vida. Toda creación requiere de una transformación en la que se pone en juego la agresividad. Aunque es importante destacar una cosa: allí no acaba el proceso, sólo obtiene su impulso inicial. Si todo fuera agresivo, todo semejante sería un mero rival y no existiría lazo alguno que unificará a los hombres en un todo de orden superior como lo es la sociedad.

Fue fundamental para el nacimiento de la cultura que ese “puntapié inicial” (lo violento) que se dirigía sobre los objetos no se volcara sobre todos los miembros de la propia especie. Se hizo absolutamente necesario doblar esas mociones pulsionales<sup>4</sup> vía algún tipo de instrumentalización que permitiera unificar a los miembros de la especie —aunque aquello se llevará a cabo muy lentamente— en un todo superior a la suma de sus partes; en una sociedad. Aquel mecanismo que logró poner trabas a ese problema terminó siendo la represión. Al operar la represión primordial sobre los influjos pulsionales más agresivos, la vida pulsional amorosa pudo tomar relevancia, inhibir su meta sexual y convertirse en un influjo tierno que promovía un profundo sentimiento de pertenencia entre los miembros de una comunidad (Freud, 1930). Como dice Freud: *“El amor genital lleva a la formación de nuevas familias; el de meta inhibida a << fraternidades >> que alcanzan importancia cultural porque escapan a muchas de las limitaciones del amor genital; por ejemplo, su carácter exclusivo”* (1930:100). Pero reprimir no significa aniquilar, si no se da lugar a entender lo reprimido como algo presente, es imposible darle lugar en un curso de solución. La regla general es más bien de conservación de lo reprimido y su excepción la pérdida. Por lo mismo, toda moción agresiva sigue presente en el ser humano, pero inhibida de encontrar su meta en lo más inmediato (Freud, 1930).

Así entendidas las cosas, la cultura y la vida social en sí son teatro de innumerables y necesarios desencuentros entre la agresión lo amoroso y la cultura. Aquello genera un malestar irreductible a todo proceso cultural, en tanto siempre queda una porción de lo pulsional inhibido de encontrar satisfacción<sup>5</sup>; aquello sería el malestar en la cultura del que Freud nos habló: el problema de toda época y la cuna de todo cambio cultural... hasta ahora (1930).

### **Sobre el entramado social y el bullying**

Ya confeccionado el campo de acción de la agresividad y la violencia, se hará una detención en el fenómeno particular que invita a realizar esta reflexión. Para ello se tomarán las nociones explicitadas en el texto *“Bullying, niños contra niños”* a este respecto: *“El bullying, intimidación y victimización, son conceptos que apuntan o hacen alusión a un daño in-*

<sup>4</sup> Pulsión parece ser mucho más correcto que instinto, en tanto involucra a lo representacional/psíquico, como parte integrante de toda tendencia. Habla de un nivel distinto del animal, ya que incluso en los procesos más arcaicos del ser humano, estaría involucrado lo psíquico en cuanto tal

<sup>5</sup> ¿De qué adolece? ¿Al joven le falta algo para ser joven? ¿El desarrollo implica alguna falta? La adolescencia es un término extraño que presentifica esa violencia a la que se alude en el texto: subyuga y categoriza a quien está ingresando a la cultura como adulto a partir de una disimetría artificial. Todos sufrimos los avatares del cambio a cualquier edad. Algunos cambios son más notorios que otros, pero no por ello más o menos cruciales. Vivimos “siendo”, “en proceso de”. La mayor prueba de ello es que nunca terminamos de aprender del ahora y que somos capaces de impresionarnos y sentirnos pequeños, cuando la magnitud de una experiencia lo amerita

*tencional que produce un/a alumno/a o grupo de ellos/as sobre un/a otro/a más vulnerable, este fenómeno puede tomar distintas formas, según el contexto o la situación en la que se encuentre el hecho. El bullying está dado no sólo por la agresión misma, sino por una serie de elementos que se asocian a ello, como burlas, golpes, humillación, silencio, entre otros elementos. Vale decir, cuando hablamos de bullying, no estamos hablando de una situación particular de agresividad, sino más bien de un acoso constante y reiterativo hacia un sujeto”* (Batista, Román, Romero y Salas, 2010:9). De esta caracterización pormenorizada podemos sacar al menos las siguientes deliberaciones:

- El bullying es un fenómeno en que la violencia es “esparcida” de manera asimétrica sobre un individuo o una minoría.
- Este (o estos) es (son) rebajado (s) a la calidad de “acosado”(s) y, por lo tanto, se convierte(n) en *objeto* de burlas y otras iniquidades.
- El fenómeno en sí se compone de un conjunto de actuaciones violentas mantenidas en el tiempo, que se relacionan principalmente por la exclusión que cohesionan y diferencia ambos elementos de esta ecuación (acosador(es) - acosado(s)).

La primera duda que surge al revisar esta suerte de elementos básicos es la siguiente: ¿podríamos decir que como tal el fenómeno es nuevo o sólo lo es en tanto obtiene un nombre público y se da en un ambiente infanto-juvenil de manera expresa? ¿No son los mismos “ingredientes” encontrados en la segregación racial actualmente; en la campaña antisemita nazi y en la Inquisición? ¿Qué hace del bullying un fenómeno tan llamativo entonces?

Son los niños. Todos los demás ejemplos a los que se alude antes involucran al mundo adulto y las luchas de poder que estos sostienen irracionalmente amparados en la “racionalidad” de su propia época. Nunca antes la violencia había sido un fenómeno de “masas” infantiles que saliera a la luz pública de forma tan rimbombante. Era sabido que entre ellos no todo es armonía, pero se pensaba cotidianamente que lo violento entre los menores lograba ser encausado de alguna forma (en el propio juego, por alguna figura de autoridad, etc.). Hoy por hoy aquello no pasa, pues ninguna mediación da abasto y la violencia infantil se da porque “sí” y porque “no” en más de una cultura y en las múltiples sociedades. Aquello genera revuelo, ya que atenta contra los ideales de pureza y armonía con los que se tiende a pensar la niñez y, por lo mismo, se vuelve un fenómeno escandaloso, que remueve una de las instituciones sociales más cuidadas por la cultura; el futuro como un porvenir prístino.

Corre riesgo tanto el idealismo que se coloca sobre el niño, como sobre el joven. A ellos, habitualmente, se le encarga el porvenir de ensueño que los adultos no pudieron lograr en el presente; se les pide más de lo que se les pudo ofrecer —en dichos términos— sin tomar en consideración si necesitan ese yugo para subsistir. Eso es un acto violento, perpetrado durante generaciones por parte de los mayores hacia los niños que se ha traspasado como legado cultural de una época a otra y que hoy más que nunca está en riesgo. Aunque al convertir en depósito de ilusiones actuales a la generación venidera, el mundo adulto del hoy ejerce algún tipo de violencia sobre los infantes y los “adolescentes”<sup>6</sup>, aquel hecho no representa un daño irreparable en sí mismo. Desde el principio de la cultura,

<sup>6</sup> Entendiendo lo social como una coordinación compleja, semejante a las que ocurren en el plano orgánico

no responder a la expectación de las figuras parentales sino en una justa medida —que perfectamente puede ser cero— ha sido tarea del niño que se encamina por los linderos de la humanidad adulta. El cedazo amable de la sociedad le ofrecía a ese joven encauzado a la mayoría de edad alternativas razonables de identificación que son opciones “suficientemente buenas” como para desestimar lo que esperan de él. Por ejemplo, un joven podría pensar: “No ser el abogado que papá quería, no es tan malo si encuentro tranquilidad siendo médico, pues con ello soy útil a la sociedad y a mí mismo de todas formas”. Pero extremando un poco el ejemplo: ¿es posible ser médico hoy en una sociedad donde ya no existen los “pacientes” o son cada vez menos? Actualmente es más factible encontrar un “cliente” en un consultorio que un “paciente”. Es más, se espera que el médico entregue un servicio acorde a los cánones de mercado, más si es una labor intachable, que atienda bajo las previsiones médicas más cotizables, etc. O sea, las representaciones sociales que sostenían esa y otras vocaciones profesionales no son las mismas y, por ende, se hace desmedido pedirle al niño o al joven que elijan un derrotero que ya no es tal, que ha cambiado diametralmente. De otra forma, hay caminos, pero son más áridos y llenos de incertidumbre, en tanto la sociedad no sabe qué esperar de ellos... no hay un ideal de futuro colectivo segurizante y afable, que aguarde a las nuevas generaciones en ninguna carrera, oficio o profesión. Solamente una idea de que el fin se acerca —ya sea por el calendario Maya, el planeta X, o lo que sea—. El mundo adulto le ha quitado la posibilidad de armar un futuro al infante y le obliga a definir en la educación lo que el mismo no sabe de este. Por lo mismo, es posible pensar que en este caso sí es efectiva y violentamente invalidante esperar algo de alguien en un panorama así de incierto. ¿Por qué los niños han de saber comportarse si nosotros no sabemos cómo hacerlo frente al mañana?

### **Bullying: violencia y más allá del malestar en la cultura**

Por todo lo antes dicho, el bullying es una manifestación que involucra por igual a adultos y niños, en tanto ambos se encuentran prendados por lo incierto. Se explicitará esto a partir de lo que Yago Franco plantea sobre la época actual y lo violento en sí. Según lo que Franco toma de Castoriadis, toda sociedad existe a partir de la creación de un magma de significaciones imaginarias sociales (Castoriadis, 1993 en Franco 2011). Por lo tanto, todas estas significaciones en su conjunto fundarían un sentido socialmente instituido, un sentido que orienta a los sujetos en su vida, y de esa dirección se desprenden criterios de valor, modos de funcionamiento sociales, de los lazos sociales, múltiples costumbres, las miras que tiene esa sociedad, el ordenamiento sexual, etc. (Franco 2011).

El sentido, o si se quiere la significación compartida, da pertenencia a un sistema social: se consolida y mantiene en la medida que es conformada una red de intercambio entre los sujetos. Esta entrega una suerte de reglamentación acerca de los comportamientos y relaciones que componen aquel todo. Como otros “organismos”, la sociedad se iría manteniendo idéntica y rejuveneciendo gracias al impacto de mecanismos que promueven identidad- por un lado —y estabilidad— por otro-. En una justa medida más o menos equilibrada, ambos procesos generarían una constante de significaciones compartidas, que promoverían la fraternidad entre sus miembros y el germen de cambio necesario para adaptarse a los giros del ambiente: *“Dicho “magma” de significaciones, sería imperioso para la constitución psíquica ya que es necesario que en el origen de la vida, que se produzca sobre el psiquismo la imposición de un mundo de sentido, para que éste abandone su estado originario, que es cerrado so-*

*bre sí mismo, y así permitirle que incorpore y se incorpore a la cultura. Piera Aulagnier denomina violencia primaria a este acto (Aulagnier, 1977), del cual se hacen cargo las figuras parentales, y que ubica al sujeto en lo que conocemos como malestar en la cultura. Este malestar se produce en parte por el displacer que dicha renuncia ocasiona; pero paralelamente debe ofrecérselo a la psique una cuota de placer a cambio, placer que debiera hallar por participar en el colectivo. El deseo de los padres y su capacidad de modular las ansiedades propias del encuentro de la psique con el mundo hacen posible ese movimiento” (Franco, 2011).*

Por lo mismo, ese núcleo compartido de sentido que antes se mencionaba se genera sólo a partir de la acción en que se ejerce una violencia primaria sobre quien llega por primera vez a encontrarse con lo social. Dicho acto lo invita a participar activamente de la mantención y construcción de sentido, sólo a partir de una primera imposición. Es una suerte de admisión en lo social que empieza a conformarse ya desde el momento en que el bebé es nombrado sobre la base que provee un alfabeto compartido por un pueblo, un país, un continente y que coordinará de formas cada vez más activas su “funcionamiento” en el mismo. Así, se moviliza, encausa y promete al niño un fondo sobre el cual desarrollar su acción pero, en la misma medida que se conforma como escenario, también se convierte en un encuadre, pues determina posibilidades que serán “correctas” e “incorrectas” según el ojo atento de lo familiar, lo comunitario, lo social y lo cultural. Es por todo lo anterior que dicho acto apareja una renuncia a todas aquellas mociones que son prohibidas por ese núcleo de significaciones que requieren y vigilan atentamente su cumplimiento en cada acción, cada deseo, cada pensamiento; por eso hay malestar. No obstante, la renuncia es aparejada por una obtención de placer que descansa en lo social. Ello permite aminorar las consecuencias de dicho malestar —irreductible a toda cultura—, en tanto se promueve una fraternidad de orden más alto que lleva a la consecución de metas complejas e imposibles de realizar en solitario.

Una de dichas mociones pulsionales prohibidas por aquel núcleo sería —tal y como antes se mencionó— la agresión, pues iría en contra de los fines colectivos al promover una visión del otro, más cercana a la de un enemigo que la de un compañero. No obstante, sería imposible desligarla de lo humano, pues es condición de vida del mismo, en tanto ayuda a la autoconservación. Por lo mismo, lo agresivo se ve rebajado por la cultura, pero no erradicado, y esto conlleva a que el otro pueda ser visto la mayoría de las veces como un rival (que no es lo mismo que un enemigo: la contienda entre rivales al menos está sometida a reglas) y, en ciertas circunstancias de extrema colaboración (como lo es la familia, la nacionalidad —algunas veces—, la pertenencia a una etnia, etc.) como un colaborador (Freud, 1930).

Hoy en día —en el aula— aparece con mayor claridad la figura del enemigo que la del rival. En el (los) victimario (s) escolar(es) no existen reparos sobre la figura de su víctima (s) y actúa(n) con inusitada violencia física o psicológica, sin importar qué tanto puede aquello contribuir a una suerte de asesinato de la imagen colectiva del otro o incluso a su muerte real. Cuando millones de personas —pensando en el ejemplo del cyberbullying— conocen las acciones vergonzosas que un sujeto ha realizado, la probabilidad de que comience a verse afectado en otras áreas diferentes a las del colegio son enormes. Ya no se trata de una imagen dañada sólo en lo escolar, sino que, incluso, el menor puede sufrir ataques a su autoestima cuando está comprando víveres en el supermercado, cuando



ingresa a internet, al salir de paseo con su familia, etc. Hay una falta de medición en las consecuencias del actuar frente a otro (s) individuo(s), que llevan a pensar que ningún tipo de normativa se aplica a ese enfrentamiento. Se trata, en el bullying, de un estatuto en que la agresión se da sin un sentido claro, sin un fin; como fin en sí mismo, lejano a todo espesor o meta que observar. Incluso, puede recogerse dicha impresión de las declaraciones de agresores y agredidos, cuando se les pide explicar su actuar. A este respecto, Franco nos ofrece una excelente reflexión: *“Cuando la violencia es excesiva -por no poder las figuras parentales llevar a cabo su tarea adecuadamente-, ya no conduce a la constitución adecuada de la psique y a su ingreso a la cultura, sino que pasa a atacarla. Se produce en ese caso un estado de más allá del malestar en la cultura (Franco, 2002 en Franco, 2011), ligado a lo que la autora mencionada<sup>7</sup> denomina violencia secundaria; ésta impide que se establezca el placer necesario para que la vida en común sea investida. Este modo de la violencia, que al contrario de la primaria no lleva a la creación de un mundo sino a la imposibilidad de la creación, o lisa y llanamente a su destrucción, puede deberse a fallas de las figuras parentales, originadas en su propia conflictiva. Pero también puede surgir por la imposibilidad de éstas de cumplir con su función debido a determinados modos de ser de la sociedad. También, y más allá de los estados originarios del sujeto, la violencia secundaria puede ser padecida por éste en cualquier etapa de su vida cuando vea cuestionada/negada su pertenencia/participación en el espacio social”* (2011).

Al ser el bullying, una acción en que el otro es rebajado, cuestionado y se le niega su pertenencia, podemos pensar que se trata de un fenómeno producido de la mano de la violencia secundaria; pero tal y como lo plantea Aulagnier, aquello no proviene del mundo infantil como fuente, pasa por las inmediaciones del mundo adulto; en alguna zona se está generando un ambiente propicio para la violencia secundaria: *“El espacio social ejerce cotidianamente una cuota enorme de violencia-en los términos aquí propuestos, violencia secundaria-sobre la mayor parte de la población. Desnutrición y mortalidad infantil crecientes, riesgo de exclusión de los ciudadanos de las fuentes de trabajo -recién últimamente ha comenzado a disminuir en Argentina la enorme taza de desocupados o de trabajadores precarios-, pauperización, explotación de los mismos como no se veía desde los inicios del siglo XX, etc. Y supervivencia de otros con la espada de Damocles sobre sus cabezas, ya que no saben que puede ocurrir con ellos la próxima semana, y no tienen más que aceptar condiciones laborales humillantes. Paralela y conjuntamente, se observa el abandono de sus funciones por parte de las instituciones cuya finalidad es-o era- el cuidado y formación de los ciudadanos: la escuela, la salud pública, el sistema jubilatorio, la justicia..., aunque recuperarse algo de ellas en estos últimos tiempos<sup>8</sup>. Es a partir de su participación en las mismas -que transmiten el sentido de lo social- que los sujetos se identifican, organizando de este modo el colectivo, aún con ideologías y proyectos diferentes y hasta opuestos. Diremos que es la desestructuración de esas instituciones, la que está en el núcleo del estado actual de disgregación social, del cual la violencia es una de sus consecuencias<sup>9</sup>. Y dicha desestructuración habla de una desestructuración del campo simbólico. Por otra parte, se produce el empuje -a través de los medios de comunicación- a un consumo desenfrenado, presión que implica una violencia mucho mayor aun para con aquellos que permanecen marginados de la denominada socie-*

*dad de consumo. Al respecto, se promueve que los ciudadanos pasen a denominarse consumidores”* (Franco, 2011).

Por lo mismo, existirían diversas vías en que se ejerce la violencia secundaria sobre los miembros de la sociedad, que se involucran en una maraña compleja de insatisfacción que no logra ser ligada en un punto claro que permita un encauce en el sentido. Es así como la significación de la vida, se ve sometida a una pérdida de sentido que categóricamente afecta todas las áreas de lo social (Franco, 2011) y aquello apareja entre sus consecuencias la violencia presentada en diversas formas, entre las cuales destaca, por lo que representa (un ataque a las promesas de futuro de la sociedad), el bullying. O sea que en sí, la violencia escolar es un fenómeno posicionado en ese *más allá del malestar en la cultura* (Franco, 2011), en tanto que se configura como un acontecimiento en que el sentido de la acción se encuentra perdido y no importa para qué se realice como tal. Como manifestación, despunta en el ámbito de los niños, pero representa las preocupaciones, conflictos e insatisfacción de una cultura incapaz de ver hacia adelante o hacia atrás: centrada en un inhóspito presente que busca desarraigarse de todo.

### Conclusiones-discusión

En concordancia con todos los antecedentes revisados anteriormente, se puede concluir que el fenómeno del bullying ocurre debido a una destitución de espacio del semejante en que la agresión deja de ser encaminada por las vías culturalmente admitidas, y vaga sin sentido entre los sujetos, hasta encontrar un punto de diferencia sobre el cual ensañarse.

En sí no representa fin alguno, sino tratar a otro como enemigo al cual poder deponer de su imagen colectiva, incluso atentando físicamente contra él, rebajándolo insistentemente y sin retorno. Se trata de una agresividad sin reglas que está marcada por la insignificancia de una época en la cual a sus miembros les es difícil sostener un sentido social no subordinado a la disgregación.

Esa falta de sentido, junto a los diversos mecanismos sistemáticos de violencia secundaria que ejerce lo social sobre sus miembros, traen como consecuencia manifestaciones agresivas que sólo buscan volver a presentar —pero esta vez en otro campo de acción— dicha violencia junto con aquel malestar más allá del inherente a toda cultura<sup>10</sup>. Se trata de una suerte de acting-out que muestra lo insostenible del estado actual de lo societal.

Por lo mismo, una solución al problema del bullying debe involucrar un proceso de encuentro en que aparezcan nuevas vías de subjetivación que refuten la insignificancia a la que es reducida el semejante en dicho fenómeno. Para esto, se hace imprescindible dar libertad a los medios creativos que los involucrados ya poseen o conocen, pues sólo ellos pueden objetar definitivamente los lugares y circunstancias que mantienen la violencia. Será la creatividad de una comunidad, curso, escuela, etc. la facultada para promover el proceso de cambio que desarticule las pautas de relación inadecuadas, cuando encuentre un nodo significativo, en sus propios recursos, sobre el cual reordenarse.

Así las cosas, el quehacer psicológico debería tomar una postura más bien facilitadora que directiva: aplicar medidas frente a este problema, como

<sup>7</sup> Piera Aulagnier

<sup>8</sup> Es discutible que esto ocurra en otros países que no son Argentina

<sup>9</sup> La negrilla es mía

<sup>10</sup> Lo que Yago Franco llama “Más allá del malestar en la cultura”

si se tratara de recetas, perpetuaría la violencia secundaria ya ejercida e incitaría una desmentida de las capacidades para crear que tiene el sujeto y la sociedad que lo contiene. Por otro lado, el abrir espacios de escucha a las propias soluciones y demandas de un individuo y su cultura generarían las circunstancias necesarias para que aparezcan nuevas formas de significación<sup>11</sup>.

Por lo tanto, sobre el bullying, podemos decir que los niños tendrían la capacidad de solucionar sus problemas de agresión. Sólo requerirán de un espacio para hacerlo y la psicología tiene la oportunidad de brindárselo caso a caso.

**Reflexiones de la editora Alejandra Ojeda-Sampson:** El artículo se observa muy interesante en cuanto realiza un análisis del fenómeno desde el psicoanálisis de Freud en un marco de algunas posturas socio-culturales. Si bien el autor menciona como rasgo del hombre la agresividad en una forma de sobrevivencia (este es un planteamiento freudiano), realiza una interesante construcción con otros supuestos de corte humanísticos en donde logra plantear una adecuada separación entre esta característica del hombre y el problema del bullying. Por lo señalado en el artículo, el autor deja muy claro lo que corresponde ópticamente como hombre (es decir humanidad) y lo que resulta de una construcción cultural contemporánea. Lo primero refiriéndose a la agresividad y lo segundo, a la violencia del bullying. Es un artículo que abre nuevas reflexiones y, por lo tanto, nuevas interrogantes en torno al bullying.

**Reflexiones de la editora Miriam Pardo-Fariña:** El autor realiza una excelente selección de conceptos claves para poder arribar a su análisis acerca del Bullying. Considerando los ejes temáticos en torno a la agresión, el amor y la cultura, la violencia quedará enmarcada como un fenómeno sociocultural que no dista mucho de otros tipos de manifestaciones violentas. Tal es el caso de las decisiones de la Inquisición en la Edad Media, así como las acciones violentas del nazismo u otros grupos. Llama la atención del autor por qué el Bullying se convierte en un problema societal referido a las “masas infantiles”, ya que la agresión, propia de la condición humana de acuerdo al recorrido teórico que realiza desde el Psicoanálisis se encuentra presente en todos los seres humanos. Para resolver esta pregunta, el autor realiza un cuestionamiento al halo de protección y cuidados acerca de lo infantil al incluir la adolescencia, para mostrar que los énfasis quedan puestos en “el futuro de la sociedad”, si se piensa desde el bienestar integral del niño y del joven, en circunstancias que la sociedad ya no tiene mucho para ofrecer a “estas futuras promesas”. Junto con lo anterior, el análisis del autor enfatizará la hegemonía cultural sobre el sujeto al intentar controlar su agresión y al incluir sus manifestaciones. Sin embargo, esto se constituirá en un imposible al quedar develada, una vez más, la naturaleza agresiva del ser humano puesta en movimiento como violencia secundaria a través del bullying, contribuyente del asesinato de la imagen colectiva o de la muerte real de la víctima. Finalmente, su propuesta acerca de la búsqueda resolutive de cada comunidad escolar, de acuerdo a su contexto específico que le permita generar creativamente modos de canalización de la agresión, se constituye en una apuesta interesante que no acalla al sujeto, pero que le brinda nuevas barreras de contención posibles para establecer el lazo social sin desmentir lo agresivo que se encuentra presente en cada uno de los integrantes

de la comunidad.

#### Referencias bibliográficas

- Aulagnier, P. (1993). *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Dumont, L. (1987). *Ensayos sobre el individualismo*. Madrid: Alianza.
- Franco, Y. (2011). *Más allá del malestar en la cultura*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Freud, S. (2000). *El malestar en la cultura*. Vol. XXI (pp. 58-143). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Eisler, R. (1998). *Placer sagrado*. Santiago: Editorial CuatroVientos.
- Batista, J., Román, A., Romero, P., y Salas, I. (2010). *Bullying, niños contra niños*. Extraído el 10 de mayo de 2011 desde: [http://www.observatorioperu.com/2012/marzo/cs-batista\\_y.pdf](http://www.observatorioperu.com/2012/marzo/cs-batista_y.pdf)

<sup>11</sup> Por ejemplo: crear formas particulares en cada comunidad escolar para promover un cambio en la subjetivación